



# El fragor del día



Elizabeth Bowen

Traducción del inglés a cargo de  
Martín Schifino



IMPEDIMENTA



Título original: *The Heat of the Day*

Primera edición en Impedimenta: diciembre de 2013

The Heat of the Day © Elizabeth Bowen 1948

Copyright © renewed by Spencer Curtis and Graham Angus Watson 1976

Copyright de la traducción © Martín Schifino, 2013

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2013

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Esta publicación ha contado con una subvención del Ireland Literature Exchange (translation fund), Dublín, Irlanda.

[www.irelandliterature.com](http://www.irelandliterature.com)

[info@irelandliterature.com](mailto:info@irelandliterature.com)

ISBN: 978-84-15130-37-6

Depósito Legal: M-31224-2013

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## CAPÍTULO UNO

Aquel domingo, desde las seis de la tarde, había estado tocando una orquesta vienesa. Ya no era tiempo para conciertos al aire libre; las hojas caídas de los árboles revoloteaban sobre el escenario tapizado de hierba: aquí y allá se revolvía alguna, crujiendo como cuando se están secando, y mientras estuvo sonando la música cayeron varias más.

El teatro al aire libre, que se encontraba por debajo del nivel de los jardines aledaños, estaba rodeado por un seto de arbustos y algunos árboles pequeños; en la parte superior también había una valla con setos y una cancela. En aquel momento las hojas de la cancela estaban abiertas. Poco a poco se fueron llenando las filas de sillas situadas en la pendiente herbosa, frente a la orquesta. Desde allí, desde la hondonada en la que estaba tocando, la música apenas se oía en el resto del parque; pero las pocas notas que escapaban de aquel lugar resultaban inquietantes: la gente que se encontraba en la colina, en las rosaledas, en los senderos de alrededor de los lagos se dejaba arrastrar sin sentir hacia el teatro, debido a la extraña sensación de que se estaban perdiendo algo. Muchos se detenían, vacilantes, delante de la cancela de entrada: venían de lugares donde resplandecía el sol, mientras que

aquella hondonada de donde procedía la música no era más que un lugar lleno de sombras. La guerra había conseguido que adoraran el día y el verano; la noche y el otoño eran el enemigo. Y, al principio del concierto, aquel deslucido teatro boscoso, en el que no se había representado obra alguna desde hacía tiempo, transmitía una impresión de aislamiento y de vacío que la música aún no había podido llenar. El lugar no se encontraba por completo envuelto en sombras; aquí y allá lo cruzaban los rayos de sol del atardecer, que encendían las ramas al atravesarlas y luego iluminaban las hileras de sillas, rostros y manos. Los mosquitos zumbaban inquietos y el humo de los cigarrillos se disipaba en el aire. Pero la luz era tan escasa, tan dramática y dorada que resultaba evidente que no tardaría en desaparecer. La noche iba avanzando como la marea. Una oscuridad transparente y cristalina, en la que se recortaba la silueta de cada hoja, se iba formando en los setos situados tras la orquesta y constituía un elemento más de la escena.

Había sido un domingo radiante, sin una nube siquiera. Pero en ese momento, el turquesa abrasador del cielo vespertino se disolvía en transparencias conforme iba perdiendo intensidad su color: por encima de los árboles, en torno al teatro no solo huía el color, sino el tiempo. La música —vales, marchas, alegres oberturas— se adueñaba de aquel espacio detenido en el tiempo. La gente perdió entonces su aire dubitativo. Las marchas heroicas consiguieron que el público estirara el cuello; el reconocimiento de algunos fragmentos operísticos despertaron sonrisas inconscientes, y, durante los vales, sin que hubiera razón ninguna, los ojos de las mujeres brillaron con encantadoras lágrimas. Primero nota a nota, como un goteo, y luego de manera sostenida, la música impregnó los sentidos, las emociones y las fantasías hasta entonces dormidos. Lo que al principio solo fue un espejismo se convirtió en todo un universo real para aquellos pobres londinenses y los extranjeros que se encontraban sentados en aquella turbia oscuridad en medio de Regent's Park. El atardecer de aquel domingo era el atardecer del primer domingo de septiembre de 1942.

Parejas de amantes, cansadas tras pasar todo el día solos, el uno con el otro, se alegraban al entrar en un lugar distinto en el que no estaban únicamente ellos; cuando sus miradas volvían a encontrarse,

lo hacían con renovado amor. Las madres, agotadas por la maternidad, se olvidaban de sus hijos igual que sus hijos se olvidaban de ellas: una sostenía a su bebé como si fuera una muñeca. Los esposos que se habían sentado con apatía uno cerca del otro se apartaban levemente, mientras cada uno se sumía en algún tipo de ensoñación íntima y virginal. La gente mayor a la que el atardecer no había conducido a casa de inmediato ofrecía intrépidamente sus años al ocaso, con una tranquilidad impensable en cualquier otra circunstancia.

Eso, en lo que se refería a los ingleses. En cuanto a los extranjeros, algunos conocían tan bien la música que estaba sonando que cualquiera diría que se anticipaban a cada nota: otros permanecían sentados con los ojos cerrados; y otros, como impelidos por un movimiento irresistible, lanzaban furtivas miradas por encima del hombro o alzaban de repente la vista al cielo. Una cierta incredulidad, como si se hubieran despertado de un sueño profundo, se dibujó un par de veces en algunos rostros. Pero en la mayoría de ellos, a medida que permanecían allí sentados, escuchando, solo se hizo cada vez más evidente un gesto de estoicismo.

Algunos espectadores estaban solos; y, de estos espectadores solitarios, se distinguían perfectamente los que acudían allí todos los domingos, por costumbre, y los que habían ido aquel domingo al concierto por casualidad. La sorpresa al descubrir aquella música se reflejaba en las caras de los primerizos. Para muchos, el concierto era sobre todo una solución al problema de adónde ir: uno se siente más tranquilo siempre en los lugares donde ocurre algo. Estar rodeado de gente era preferible a vagar solo de un lado para otro, sin nada que hacer. A última hora, aquello le daba algún sentido al día. Porque había momentos, cada vez más intensos conforme caía la tarde, en que la belleza del domingo —para quienes no abrigaban ambiciones, ni podían recurrir a amigos, ni esperaban amar— carecía de cualquier sentido.

También estaban los que se habían limitado a seguir sin pensarlo a los grupos de gente que entraba en el teatro, y, una vez sentados, no esperaban nada. No era difícil encontrar, entre los espectadores, a individuos encerrados en algún tipo de obsesión secreta... Por ejem-

plo, un inglés vestido de paisano que se encontraba casi en el extremo de una fila, en mitad de la ladera que se elevaba desde el lugar donde estaba tocando la orquesta. A su izquierda había un soldado checo; a su derecha, una mujer sin sombrero envuelta en su abrigo: los tres habían dejado un asiento libre de por medio. La excesiva inmovilidad de aquel hombre no sugería abandono, sino una conducta misteriosa. Estaba inclinado hacia delante, con los pies separados y clavados en la hierba, con los codos apoyados en las rodillas, presionando insistentemente con el puño de su mano derecha en la palma abierta de la izquierda. Llevaba el sombrero inclinado sobre los ojos. Se miraba las manos con tal concentración que resultaba evidente que la música no era más que un acompañamiento para su idea fija. Sin lugar a dudas, esperaba algo: no cambiaría de posición ni se marcharía hasta que aquello se resolviera. Sin embargo, para aquel hombre el sonido se había convertido en una circunstancia necesaria: al haber empezado a pensar rodeado de música, no podía pensar sin aquella música, y cada vez que concluía una pieza con una oleada de aplausos, levantaba de inmediato la vista, con aire de indignación y desconcierto, como si el césped se hubiese movido bajo sus pies. Clavaba entonces una mirada furiosa en el director —que en ese momento se giraba hacia el auditorio, hacía una reverencia y bajaba lentamente la batuta—, como para decirle: «Pero ¿qué hace? *Continúe*». Luego, durante los primeros instantes de cada pausa, lanzaba a sus vecinos miradas furiosas, como si culpaba a los presentes de la lentitud del proceso.

Al principio aquellas continuas miradas no se cruzaron con ninguna otra. No obstante, empezaba a hacerse notar, y la gente comenzó a preguntarse qué significaría y qué era lo que esperaba: al final empezó a llamar la atención. La vecina de su derecha abrió ostensiblemente la boca.

—Acaban de tocar la número siete.

El hombre, con desagrado, apartó la vista de inmediato.

—¿Quiere echarle un vistazo a mi programa? —preguntó la mujer.

—No, gracias —respondió él. Al ser interrogado de aquel modo se espabiló lo suficiente como para percatarse de que se había olvidado de fumar. Se tanteó los bolsillos en busca del paquete de tabaco,

encendió un cigarrillo, dejó caer la cerilla entre las piernas y la apagó con el pie. Todo sin volverse a mirar a la mujer.

En un tono vivo y ofendido, la mujer añadió:

—Bueno, bueno... , solo pensé que tal vez querría saberlo.

Él contestó dándole una calada a su cigarrillo y mirando más allá del soldado checo. Detrás de los setos, en el extremo de la fila, vibró el último chispazo sordo del atardecer.

—No le estaba hablando a usted: a ver qué se pensaba.

—¿Ah, no?

—¡Ah, lo pensaba! Ojalá no hubiese dicho nada.

—Bueno, supongo que entonces es mejor dejarlo ahí.

Ella vio cómo aquel hombre miraba su reloj y presintió que dudaba si cambiarse de sitio. Pero la orquesta, que ya estaba de nuevo preparada, había empezado a pasar las páginas de las partituras, parecía que iba a comenzar a tocar de nuevo: la esperanza de que la mujer no volviera a molestarlo permitió que pudiera volverse a mirar por primera vez a la mujer que se había dirigido a él. Y no solo la miró: se quedó mirándola, la observó detenidamente, y con tanta ferocidad y con un deseo ferviente de que efectivamente fuera cierto. Sus costumbres mentales se habían vuelto tan firmes que no imaginaba conducta alguna que no tuviera alguna razón, y no creía que ninguna razón fuera merecedora de ninguna consideración. Las miradas de ambos se cruzaron con lo que ya podía entenderse como cierta familiaridad, pues la insistencia de una y la descortesía del otro habían creado una suerte de lazo entre ambos y prácticamente estaban a punto de mantener una conversación.

Tenía delante a una mujer de unos veintisiete años, con el pelo revuelto y la expresión ligeramente soñadora de quien ha estado tumbado en la hierba tomando el sol. Sus ojos grandes, aunque no saltones, parecían más claros en aquel rostro tostado por el verano; en ellos se reflejaban las últimas luces del teatro al aire libre. La frente, la nariz, los pómulos solo conseguían que el rostro pareciera más ancho. El otro rasgo que no podía dejar de tenerse en cuenta era la boca; era grande: tenía pintadas las comisuras, solo las comisuras, con los restos de carmín; en el interior de un contorno torpemente dibujado se

veían los labios sin pintar: llenos, sugerentes, vulnerables y tiernos, de un tono ligeramente rosáceo y marrón, como la parte inferior de un champiñón fresco y, como los ojos, pálidos en medio de la cara curtida por el sol. Los labios le impresionaron y habrían podido conmovirlo, pero no lo hicieron. De una locuacidad imparable, aquella era una boca que parecía derrochar palabras en vez de hablar, una boca al mismo tiempo incontinente e ingenua.

La muchacha llevaba un abrigo de piel de camello, de imitación; con el frío del atardecer se había subido el cuello del abrigo y se tapaba las piernas cruzadas. Tenía una mano hundida en el bolsillo; la otra, que sujetaba el programa por una esquina sobre su regazo, tenía un nudillo lastimado; de vez en cuando frotaba el papel amarillo con las yemas del pulgar y el índice. Los zapatos blancos y marrones, bastante bonitos, habían caminado mucho y ya estaban deformados; en el empeine desnudo se le notaban las venas, y el abundante y ligero vello de sus piernas sin medias probaba que nunca se las había frotado con piedra pómez ni se las había afeitado. En su manera de sentarse, y en la medida en que su manera de sentarse dejaba entrever la figura de su cuerpo, había en ella una especie de vigor preadolescente, algo torpe aunque no exento de gracia. A primera vista, causaba la misma impresión que buena parte de las muchachas londinenses aquel verano, cuando la idealización de Rusia estaba en su punto álgido: un intento atropellado por dar el tipo de la camarada soviética. O, al menos, eso parecía ser lo que quería transmitir. Pero no había tenido mucho éxito, o no el suficiente; si no, ¿por qué había cruzado con él una mirada tan directa y al mismo tiempo tan insegura? ¿Y por qué se había sonrojado, con un rubor incómodo que se adivinaba bajo el moreno de sus mejillas? En algún momento su fortaleza había flaqueado. Al hablarle al principio, y al volver a hacerlo otra vez después, se había comprometido a ser algo que nunca había sido: ¿a qué límites de egolatría o de soledad había llegado en medio de aquella menguante luz musical? La egolatría era lo más probable: había querido encontrar la confianza para sí misma, no para todas las mujeres del mundo.

Se miraron durante unos instantes, cada uno a un lado de la silla que los separaba. Ella, en ese tiempo, tuvo delante a un hombre de



unos treinta y ocho o treinta y nueve años, vestido con traje gris, camisa a rayas, corbata azul oscuro y sombrero marrón. El ensimismamiento de aquel hombre, que era lo que más le había atraído, había desaparecido, al igual que el ceño fruncido con el que invariablemente escuchaba la música; por el contrario, ahora mostraba una especie de pertinaz desconfianza, como si fuera una costumbre, que no le gustó. Aquel atractivo personal... ¿había sido solo un error derivado de su perfil? No, no del todo. Ahora que lo veía de frente, había otro rasgo curioso: uno de sus ojos estaba o se comportaba como si estuviera claramente un poco más arriba que el otro. Aquel desequilibrio o asimetría le dio la impresión de estar siendo observada dos veces: de estar siendo observada y escrutada al mismo tiempo. No podía verle la frente, y sus cejas permanecían ensombrecidas por el sombrero inclinado; tenía una nariz huesuda; llevaba uno de esos bigotitos mínimos y muy recortados. Y los labios —de los que había retirado el cigarrillo con un gesto de desprecio no muy elegante— indicaban claramente la intención de no añadir nada, si es que daba la casualidad de que se le obligaba a entablar conversación de nuevo. Era una cara con una verja; una cara que, en aquella media luz fotográfica, parecía cerrada y al mismo tiempo a la intemperie; una cara que, si bien no carecía de expresión, adolecía completa y absolutamente de falta de emoción... No sería suficiente decir que aquel rostro la desconcertó; ella bajó la mirada y echó un último vistazo a aquellos dos dedos manchados de nicotina que sostenían el cigarrillo.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó el hombre por fin, con el aire de haber estado pensando en ello un buen rato.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero... ¿no nos conocemos?

—No le he visto nunca —contestó ella—. Por supuesto que no sé quién es usted.

—Pues no hay más que hablar.

(Aun así, él no parecía seguro.)

—¿Qué pasa —agregó ella—, es usted alguien *especial*?

—Ja, ja... no. No, lo lamento, pero no.

—Lo que sí sé es que nunca le había visto en el parque.

—No, habría sido imposible.

—¿Quiere decir que nunca viene por aquí? Por supuesto, a partir de ahora le reconocería. Nunca se me olvida una cara, ¿a usted?

—Puede ser —dijo, tras pensarlo.

—Será que, de tanto pensar, no se da cuenta de lo que le rodea. Tanta música y no se ha enterado usted ni de una nota.

—Vaya, ¿y por qué cree usted que me interesaría saber qué tocaban?

Lejos de ser sutil, su tono fue lo bastante desagradable como para acentuar la descortesía que deseaba transmitir. Y lo consiguió: ella sacó la mano del bolsillo para cruzarse de brazos, como si quisiera protegerse. De todos modos, presentía que cualquiera podía notar que temblaba tras aquella barricada; y el programa de mano, que ella soltó como si desvelara su debilidad, cayó revoloteando al suelo. Hundió la barbilla en el cuello de su abrigo, vuelto hacia arriba, y entonces no pudo evitar una queja:

—¡No hace más que ofenderme!

—¿A usted? —Él echó una ojeada a la orquesta, mientras reprimía un bostezo nervioso... ¿Por qué demonios tardaban tanto en empezar?

—Pero *yo* no puedo evitar decir lo que pienso; yo siempre digo la verdad. Porque yo...

—Oh, por favor..., baje la voz —dijo el hombre, haciendo un gesto de cansancio con la cabeza—. ¡Ya empiezan!

Y así era: tras unos instantes de tenso silencio, la música volvió a romper con un ligero arrebato. Los espectadores dejaron escapar el aire que habían contenido en sus pulmones y se acomodaron en sus sillas. La noche se había adueñado del teatro; los setos y la hierba pisada exhalaban un punzante perfume vespertino. Pronto empezarían a brillar los cigarrillos. En el escenario, los cuerpos de los músicos, amontonados, negros y casi inmóviles, parecían tener acopladas caras y manos fantasmales. Seguirían tocando hasta que se oyera cómo el reloj daba la hora en la lejanía; y en las filas de sillas que se iban vaciando la gente se preguntaba durante cuánto tiempo podrían seguir distinguiendo las partituras.

Louie Lewis —a quien nadie le preguntaría cómo se llamaba aquella noche— descruzó los brazos para embozarse de nuevo en su abrigo.

Era incapaz de no añadir algo más a aquella extraña conversación; así que, inclinándose hacia delante, dijo sombríamente, *sotto voce*:

—¿Va a pensar un poco más?

Con ella hablando sin parar era imposible. ¿No le había demostrado, a su estúpida manera, el ridículo al que se exponía uno al quedarse ensimismado pensando en público, el ridículo al que se había expuesto él mismo? Ella, la mirona, había conseguido que percibiera claramente la espantosa sensación de ser observado. Recién llegado a la disciplina del pensamiento emocional —y solo él sabía hasta qué punto era novato en ello—, comprendió entonces, con aquel primer error, el gran riesgo al que se enfrentaba, pues el pensamiento emocional te obliga a *actuar* como pensador. Ya solo podía prestarse a una farsa, repetir los gestos de las manos —originalmente inconscientes—, con el fin de sopesar si se notaba mucho; recordó que su padre hacía ese gesto, pero no sabía que él también lo hiciera..., aunque debería haberlo sospechado. Sí, aquella noche había recurrido a aquel gesto, había incurrido en aquel pecado, por una inaudita necesidad de hacer énfasis en sus gestos. Sí, se había visto obligado a hacerlo por culpa de lo que —en sentido estricto— ni siquiera había pensado. La futilidad de una acalorada carrera interior, la alternancia constante entre la carrera a ninguna parte y los altos en el camino, casi le hicieron reír. Nunca antes había llegado a *ninguna parte*. Al meditar —pero hasta entonces siempre lo había hecho con calma— nunca había encontrado una solución que al mismo tiempo lo satisficiera y pudiera funcionar. Hasta entonces siempre había encontrado un atajo, un rodeo, o, en todo caso, una salida. Pero la cuestión era que en ese momento estaba pensando en una mujer.

Ella le había pedido que se marchara y que no volviera: eso era lo mejor para los dos, le había dicho la última vez. ¿Qué esperaba que hiciera? Esperaba que hiciera cualquier cosa: no tenía ni idea de lo que hacía, pero algo haría. ¿Por qué no seguía haciendo eso..., lo que fuera? Y luego había concluido diciéndole:

—Lo siento, pero es que sencillamente no me atraes. ¿Para qué vamos a seguir perdiendo el tiempo? Tienes algo que no me gusta o te falta algo que no... No sé cuál de las dos cosas es.

Sin embargo, para él no todo había terminado.

Aquella noche, antes de sentarse en el concierto, había decidido ir a ver de nuevo a aquella mujer, a su piso. De hecho, había tenido la intención de presentarse en su casa cuando el reloj diera las ocho. Tenía una as en la manga..., aunque no sabía exactamente cuándo sería el mejor momento para sacarlo. Cuando se sentó a escuchar el concierto, esperaba poder averiguarlo antes de volver a verla.

A Louie le parecía que la música de aquel concierto era excesiva. No tenía más que hacer, salvo sumirse en el mismo sopor en que había estado anegada antes de que le llamara la atención el pensador. El carácter del sopor no se había modificado gran cosa: satisfecha de haberle obligado a fijarse en ella, no repasó la conversación ni se preguntó cuál era el resultado ni en qué situación quedaba ella. A diferencia de él, no consideraba las cosas a la luz de los resultados, y si la conducían a alguna parte o no; el objetivo era sentir que ella, Louie, *iba*, y en general no le gustaba pensar en lo que habría podido decir o hacer cuando había decidido conseguir algo. Tenía sus dudas, aunque, quería creer, no había motivos para ello. Nunca había albergado en su mente un censor interior, y ahora que su marido, Tom, se había marchado —estaba en el ejército—, ya no había manera de saber si era rara o no. A lo mejor se dirigía a desconocidos con la esperanza de percibir qué pensaban de ella; había percibido suficiente rareza en este hombre para confirmar que seguramente no sería un buen juez. A menudo se desconcertaba, pero ese estado nunca duraba lo bastante como para preguntarse por qué ocurría. Sola, dependiendo de sí misma en Londres, buscaba en vano alguien a quien imitar; estaba lista..., no: estaba impaciente por conocer a cualquiera que pareciera estar siguiendo un rumbo con alguna seguridad.

Por aquel entonces habían llamado a filas a Tom y lo habían trasladado al extranjero; ella tenía entendido que se encontraba en la India. En sus cartas, él le decía que esperaba que se encontrara bien y que confiaba en que fuera una buena chica; Louie no tenía ni la menor idea de cómo responder a esto último, así que no lo hacía. Conservaba

lo que había sido su hogar: una de esas casitas en Chilcombe Street, con dos habitaciones en la planta baja, y trabajaba todos los días en una fábrica, en otro barrio de Londres, no muy lejos de su casa. Para completar la suma del alquiler de Chilcombe Street, recurría, con el consentimiento de Tom, al dinero que había heredado de sus padres, ambos muertos en un bombardeo. Louie había sido la única descendiente de un matrimonio tardío; a sus padres les había ido bien con su negocio, una pequeña tienda de Ashford, hasta el punto de poder venderla y jubilarse; en consecuencia, cuando Louie tenía diez años se habían mudado a Seale-on-Sea, donde la familia ya había pasado algunas vacaciones muy agradables. Fue en Seale, en la pequeña villa que tanto habían disfrutado, donde la pareja de ancianos había sido aniquilada durante la Batalla de Inglaterra. Louie, que se había casado con Tom a principios de 1939, se trasladó luego a Londres. La boda había cogido a todo el mundo por sorpresa, y a ella más que a nadie; en cualquier caso, la pacífica serenidad de su hogar y la estabilidad en todos los sentidos de los suyos la tranquilizaban: ella no era en absoluto un mal partido. En cuanto a sus habilidades como esposa, solo cabía esperar que Tom, también un hombre firme y seguro, un joven electricista serio y próspero, tuviera un buen sentido del humor. Se habían conocido por casualidad cuando Tom pasaba unas vacaciones en Seale..., aunque nunca había explicado qué le había llamado la atención en ella, y ella nunca lo había preguntado. Al ser de Kent, Louie solo había ido a Londres unas pocas veces con un billete de ida y vuelta antes de que Tom la llevara siendo novios. Ahora, es decir, en estos últimos años, casi nunca salía de Londres, porque ya no tenía ningún sitio adonde ir.

Pensándolo bien, había tenido suerte al poder quedarse en Chilcombe Street: pocas esposas de hombres movilizados podían quedarse en sus casas. Pero la idea de que Chilcombe Street era su hogar, lo que en el mejor de los casos solo dependía de Tom, se había ido con él a la India. Por su parte, tal y como estaban las cosas, se alegraba de poder salir todas las mañanas de casa: dejaba las habitaciones sin hacer —la principal y la trasera, comunicadas por un arco sobre el que Tom había colgado una cortina—, el suelo de sintasol con dibu-

jos turcos había perdido el brillo, y al salir dejaba la cama deshecha, en venganza, quizá, por lo fría que estaba de noche. En cierto sentido, todas las tardes tenía que soportar de mala gana la obligación de volver a casa; aquel verano, como las noches eran tan agradables, la solución había sido dar un paseo por el parque; si llovía, entraba en un cine o se quedaba adormilada junto al hueco que había dejado el cuerpo de Tom. En aquel estado, soñolienta por el atardecer lluvioso, casi siempre se retrotraía con sensual fidelidad a su infancia junto al mar; volvía a sentir en los talones la blandura esponjosa del paseo marítimo alquitranado, o el brazo desnudo hasta el codo bajo un tamarisco empapado por lluvia. Oía los guijarros y oía cómo el mar se los llevaba.

En lo relativo al tiempo, Louie padecía una infantil falta de visión estereoscópica; veía el pasado y el presente en un mismo plano: eran lo mismo. Le parecía que todo sucedía al mismo tiempo; así que cuando miraba el calendario o el reloj, siempre los observaba con un gesto de desconcierto e incredulidad. En aquel momento, pese a estar sentada escuchando música en una silla en aquella ladera en penumbra del auditorio, se encontraba en realidad en la rosaleda del parque, donde había estado dando un paseo por la tarde. Unas grandes rosas casi esféricas, que aquel día se encontraban en plena segunda floración, brillaban al descender el sol, resplandeciente y deslumbrante sobre el lago. Entreteniéndose por el césped que había entre los distintos parterres, Louie se había inclinado una y otra vez para tocar los pétalos, cuya suavidad penetraba las yemas ásperas de sus dedos. Sobre todo deseaba cortar dos o tres rosas de sus tallos; si hubiera estado sola se habría arriesgado, pero en compañía de su amigo de la Fuerza Aérea no se atrevía. Había descubierto que, como Tom, todos los hombres eran muy graciosos: en cuanto despegaban sus labios de los tuyos, empezaban a darte lecciones de moral.

Para distraer su atención, en una ocasión incluso había mirado al cielo con gesto de terror.

—¡*Mira*, aquel globo antiaéreo se está desatando!

Pero su amigo solo había vuelto la mirada un momento.

—No, qué va —le dijo condescendiente.

—¡Que sí!

Él apretó un poco el pulgar con el que la sujetaba por el codo.

—Mi marido vio uno —improvisó Louie—. Me lo contó.

—Supongo que te contará un montón de cosas.

La burla contra Tom la hizo ponerse coloradísima, y se apartó de las rosas, tensando con rebeldía los músculos que el aviador sujetaba con fuerza. Los dos volvieron a la cuesta de hierba que estaba bajo el roble, donde habían pasado tumbados buena parte de la tarde: allí, Louie volvió a tender su abrigo, y él, con aire ausente, se puso a acariciarla detrás de la oreja con una brizna de hierba. En torno a ellos el parque estaba salpicado de parejas que absorbían en sus cuerpos los últimos rayos de sol. Una especie de devoción la incitaba a llevar a otros hombres a aquel lugar por el que Tom siempre había sentido una especial predilección: eso le daba la sensación de que vivía sus domingos para él. Levantó la mirada hacia el interior del árbol.

—¿No tienes cosquillas? —preguntó el aviador, frustrado.

—¿Qué? ¿No tengo?

—Deberías saberlo —dijo él, tirando la brizna—. ¿No lo sabes? —Él se tumbó de espaldas, tapándose los ojos con una mano; y ella, que en aquel momento había olvidado su aspecto, se dio la vuelta preguntándose qué habría debajo de aquella mano. Algo más empezó a cambiar en su modo de actuar—. ¿Dónde has dicho que vivías? —insistió.

—¿Qué? No lo he dicho.

—Bueno, pero vivirás en alguna parte. Una chica bonita como tú seguro que tiene una casa bonita.

—Oh, sí, claro —contestó ella con entusiasmo.

—¿Sí? —Quitó la mano y giró la cabeza para mirarla con un interés nuevo—. Y vives tú sola, por tus propios medios.

Louie pensó con enojo en las rosas que no había cogido por su culpa: así que ¿por qué iba a darle el gusto a él?

—No —se apresuró a decir—. Vivo con mi tía. Vive conmigo.

—A ver —dijo el aviador, con aire molesto—, ¿qué es esto de que así de repente tienes una tía?

—Inválida —contestó Louie incluso más deprisa—. Pobrecilla. No sale nunca.

El aviador la observó con gesto indignado.

—Venga —sugirió él—, dejémonos caer por allá y le hacemos una visita a la vieja. ¿Te parece?

Louie, sentándose, se quitó una ramita del pelo.

—No tienes derecho a hablar así de mi tía —le advirtió. (Ni de Tom, añadió para sí misma.)

—Tú tienes una tía lo mismo que yo —dijo el aviador, con una mirada de violento deseo sexual.

—¿Y cómo iba a saber yo —respondió ella— que tú no tienes una tía?

—Me pones enfermo —concluyó él, incorporándose—. Empiezas diciéndome que te sientes sola. Me haces perder la tarde. —Se puso de pie, se estiró la chaqueta con furia, se golpeó los bolsillos y al final se inclinó para quitarse las briznas de hierba de los pantalones—. Vergüenza debería darte, con tu marido luchando en el frente.

—Oh, vaya —dijo Louie, desanimada—. ¿Y cuál es el problema?

—El tiempo —contestó el hombre, distante—. Pensaba que nos íbamos a liar.

—Bueno, ha sido agradable —se atrevió a decir Louie, allí, tristemente recostada, recibiendo la última mirada de desprecio que él le dedicó al alejarse. En cualquier caso, eso fue todo, y pensó que había quedado en paz con él, por lo de las rosas y por haberse burlado de Tom. Incluso cuando no contrariaba a nadie —y no siempre lo hacía—, de alguna manera todo conspiraba para que acabaran reprendiéndola; con una resignación que ningún suspiro podía expresar, cogió una nueva briza de hierba y probó acariciarse ella misma en la oreja, pero seguía sin tener cosquillas. Lo más triste era que ya no le apetecía en absoluto volver a coger las rosas; se quedó donde estaba, en aquella ladera de césped que repentinamente se había vuelto dura, fría e incómoda, hasta que vio a la gente dirigiéndose al concierto; entonces se levantó y fue tras ellos.

Hay cierta libertad en un concierto a cielo al aire libre: uno puede entrar y salir cuando quiere..., hay sitio de sobra entre las filas de si-



llas y los pasos, amortiguados por la hierba, no molestan a nadie. Sin embargo, la posible quisquillosidad de algún raro, o la superstición que rige los movimientos relativos al amor, hizo que el pensador se quedara sentado en su sitio esperando la siguiente pausa. En aquel momento no hacía sino soportar la música, y permaneció tenso, con la mirada clavada en el reloj. La música cesó: se puso en pie casi de un salto, se quedó quieto, miró a su alrededor, observando los débiles aplausos de la gente y luego, con la prisa de quien huye, pasó por delante del soldado checo, junto a la fila de sillas, para subir después por el pasillo central. Hasta ahí, todo en orden.

Se detuvo apenas un segundo para encontrar la cancela del anfiteatro, y entonces se le acercó Louie, que venía corriendo tras él, jadeando.

—Yo también he tenido más que suficiente —dijo. Y empezó a seguirle el paso como si fueran amigos—. Es bastante siniestro —añadió al mirar las explanadas de hierba—. Será la bruma que se levanta del lago.

—Muy bien, buenas noches —se despidió él antes de tiempo, pues aún tenían unos cincuenta metros de sendero por delante.

—Yo me voy a casa —explicó Louie—, ahora mismo, creo.

—Es lo mejor que puede hacer.

—¿Se da cuenta de lo cortas que se hacen las tardes ya?

Así era: los árboles empapados, uno tras otro, temblaban ligeramente en medio de una marea de bruma que reptaba a ras de tierra; a lo lejos, sobre la colina, las encinas oscurecían con su propia y pequeña noche el final del crepúsculo. Un poco más adelante seguía abierta la entrada de Queen Mary, cuyas guirnaldas y placa doradas aún no habían olvidado el resplandor que habían estado desprendiendo durante todo aquel día al sol.

—¿Usted también? —dijo de pronto Louie.

—¿Qué? —preguntó él, sobresaltado—. ¿Si voy a casa? No, tengo una cita..., gracias.

Louie se lo tomó con indiferencia; si acaso, le lanzó una mirada de perplejidad, como dudando de que semejante cosa fuera posible. Él apretó el paso, ella también. Los senderos se bifurcaban, ellos no; ella

siguió tozudamente a su lado. Un tanto irritado, el hombre se volvió a mirarla y le habló en un tono muy desagradable.

—Lo que quise decir antes es que, yo que usted, me iría a casa. Uno de estos días va a meterse en problemas, ¿sabe? Pegándose así a los demás. Hay gente muy rara por ahí.

—¿Qué me quiere decir: que a lo mejor *usted* es un raro?

—¿Para dónde va? —preguntó él, deteniéndose en seco en mitad del camino.

—¿Para dónde...? A cualquier sitio —dijo ella con un tono de sorpresa, casi preocupada. Para entonces ya habían franqueado la entrada y habían dejado atrás la encantadora verja; avanzaban por el corto camino sinuoso que, escoltado con árboles y verjas, como una avenida privada, desciende colina abajo desde el centro del parque hasta el exterior. Por delante se seguía teniendo la ilusión de que había un bosque extenso, pero por encima de aquella sensación etérea y broncínea asomaban los tejados de las casas, con su estilo Regencia: estaban medio en ruinas y apenas eran más pálidas que el cielo. Estaban vacías; con la indiferencia de sus ventanas negras huecas observaban el paisaje que tenían delante, el movimiento, el parque, el anochecer que tenían enfrente pero que, al parecer, eran incapaces de contemplar. Resultaba inconcebible, pero Londres estaba detrás de aquellos edificios. Aquel camino, en dirección a las casas, parecía transcurrir a una hora indefinida..., aunque entonces, contradiciendo esa impresión, el reloj de St Marylebone empezó a dar las ocho. Con el primer tañido, Louie y su acompañante, por separado, y con cierta hostilidad mental por parte del hombre, experimentaron una fusión nerviosa. El hombre bajó el bordillo de la acera para cruzar la calle en diagonal; ella lo siguió.

—No sé cómo se llama —dijo.

—No, ¿por qué habría de saberlo?

Pareció desconcertada.

—Pues no sé. Solo pensaba...

—Bueno, eso no puedo evitarlo. Ya son las ocho.

—Ah —protestó Louie en tono acusador—, ¡su cita!

Aquel paseo había terminado, definitivamente: por última vez, ella se giró, lo miró con sus grandes labios abiertos y luego se fue y desapa-

reció rápidamente de allí. Él se quedó allí quieto con cierta suspicacia, dudando de si aquella mujer habría podido birlarle la cartera; luego, tomó la dirección contraria.